

Modos de empoderamiento y producción de sentido en la cartografía nacional. Una cuestión política

Beatriz Cimbaro

Los mapas, en tanto representaciones simbólicas, son portadores de modos de comprender y relacionarse con el territorio. Muestran no sólo rasgos físicos, climáticos, ambientales, sino que hablan de un espacio social y culturalmente construido. Establecen vínculos entre percepción y representación del mundo y ofrecen información sobre un espacio dado. La cartografía nacional es potestad del Estado y produce sentido, identidad e imaginario en función de un Proyecto Político. Un proyecto de Nación genera una representación espacial que lo sustenta.

» *Cartografía, representación simbólica, Estado, proyecto político*

En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el mapa del imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, esos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Siguientes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y de los Inviernos. En los desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y Por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas.

Suárez Miranda: Viajes de varones prudentes, libro cuarto, cap. xiv, Lérída, 1658.

Borges, Jorge Luis, "Del rigor en la ciencia" en la sección Museo de El Hacedor (1960)

La Real Academia Española define 'cartografía' como el *arte de trazar mapas geográficos* y los mapas como representaciones. En el relato borgeano que abre este trabajo, el Arte de la Cartografía es el sujeto que traza mapas a una escala tan perfecta como inútil. No es el mapa de una pequeña aldea, se trata de Cartógrafos de un Imperio relevando la desmesura del mismo. Tal descripción abre una serie de preguntas acerca de la relación entre realidad y representación. Adquieren una relevancia sin precedentes a la luz de las nuevas tecnologías: hoy los mapas satelitales pueden cubrir todo el planeta a cualquier escala

cartográfica y mostrar hasta los más mínimos detalles de la superficie terrestre. Parecen convertir el mapa de Borges en una realidad, en función del poder de un imperio globalizado que aspira al control total, aunque invisible, del espacio.

La fábula sugiere también otros aspectos. Un rasgo fundamental en la operatividad de los mapas reside en que, para desempeñarse adecuadamente en sus funciones, inevitablemente tienen que distorsionar el espacio que representan. La inutilidad del mapa imperial borgeano se revela en que, para ser práctico, no puede coincidir punto por punto con la realidad, entendiendo “realidad” como el espacio territorial a ser representado. Sin embargo, tal distorsión no significa distorsión de la verdad, si los mecanismos de distorsión de la realidad son conocidos y pueden ser controlados (De Sousa Santos, 1991).

Se trata de distorsiones reguladas, en la medida en que son representaciones producidas en el contexto de un paradigma determinado, en particular, el surgimiento del espacio moderno. La conformación de la noción de ‘espacio territorial’ se reconoce fundada en la modernidad.

Los mapas, en tanto representaciones simbólicas, son portadores de modos de comprender y relacionarse con el territorio. Muestran no sólo rasgos físicos, climáticos, ambientales, sino que hablan de un espacio social y culturalmente construido. Establecen vínculos entre percepción y representación del mundo y ofrecen información sobre un espacio dado. Desde una perspectiva crítica, el geógrafo John Brian Harley señala que:

La percepción común sobre la naturaleza de los mapas es que son espejos, representaciones gráficas del mundo real, cuyo papel es presentar una imagen factual de la realidad geográfica. [...] Lejos de fungir como una simple imagen de la naturaleza que puede ser verdadera o falsa, los mapas redescubren el mundo, al igual que cualquier otro documento, en términos de relaciones y prácticas de poder, preferencias y prioridades culturales. Lo que leemos en un mapa está tan relacionado con un mundo social invisible y con la ideología como con los fenómenos vistos y medidos en el paisaje. Los mapas siempre muestran más que la suma inalterada de un conjunto de técnicas (Harley, 2005:61).

De manera que signos convencionales, elementos pictóricos y componentes retóricos son considerados niveles de la ‘construcción social del mundo’, constitutivos de todo mapa. Así, el mundo se describe en términos de prácticas culturales y relaciones de poder.

Se pone en evidencia el carácter político de los significados simbólicos de los mapas, su manipulación en función de intereses sectoriales, fracturando así el tradicional vínculo entre realidad y representación de la mirada cientificista. En este sentido, se puede leer el mapa como un texto, mejor que como una imagen especular de la realidad. Como una forma de lenguaje, parte del discurso del poder político, como una forma de conocimiento, como una forma de poder ligado al control territorial y la fuerza militar, siempre en tensión e inserto en un proceso histórico.

Entre los símbolos que influyen en la estructuración de las identidades colectivas, el territorio tiene un lugar central, al punto que Paul Claval, en *La geografía cultural*, señala que “la institucionalización de la sociedad es entonces inseparable de la del espacio” (1999:177). Las construcciones simbólicas realizadas sobre el espacio operan como una de las herencias principales para la continuidad de ciertas formas de sociabilidad. El complejo proceso de territorialización configura de manera relacional tanto al espacio

como a la subjetividad colectiva que lleva adelante este proceso.¹ En términos de Castoriadis, el imaginario social instituye entonces una lógica identitaria en las colectividades humanas, comprendiendo el imaginario social tanto como causa y producto del despliegue histórico de una colectividad humana, por su doble estatuto de imaginario social instituyente e instituido (2007 y 2008).

Claro que como bien señala Benedict Anderson:

Obviamente, la imaginación no es suficiente para explicar los complejos procesos políticos, culturales y económicos, a partir de los cuales nacen las naciones; pero es necesaria para comprender uno de sus hilos más visibles: sólo ella permite interpretar los actos mediante los cuales millones de personas, desconocidas entre sí, pueden representarse una identidad común, una confianza que jamás podrán constatar directamente. Las naciones son, en ese sentido, comunidades políticas imaginadas. (1997: 33)

Así, la 'calidad de nación' resulta ser un artefacto cultural particular. En tal sentido, la construcción social de la identidad nacional, como proceso conexo al desarrollo institucional del Estado nación, emerge como modelo de organización social en la modernidad occidental. En ese contexto se inscribe el discurso cartográfico como articulación entre representación y dominio.

Mapas como una realidad construida y comprendida a partir de su contenido simbólico. De modo que la cartografía representa y produce el espacio como instrumento para la socialización territorial creada por el Estado. Los vehículos de difusión son los sistemas de educación, medios de comunicación y organismos pertinentes.

Así es que la construcción de mapas es una cuestión de Estado. Y el Estado se consolida como el ordenador jurídico-político de grupos sociales y económicos. Se constituye en productor de subjetividad, es decir, de sentido, en el entramado de un paradigma: el modo de producción capitalista. Estado y sujeto son los grandes inventos de la modernidad, enmarcados en coordenadas geopolíticas: son eurocéntricos. En este contexto, la cartografía es portadora de la cosmovisión de aquellas clases dominantes que ejercen la administración del Estado. Es el instrumento con el que se delimitan y nominan localizaciones geográficas, se clasifican pueblos y naciones de acuerdo a un modo hegemónico de ver el mundo. Se comprenden los mapas como manifestaciones de las relaciones de dominación existentes en el plano internacional.²

En el escenario expansivo mercantil europeo, aparece América nombrada por otros, los americanos pensados por otros. Cuerpos, minerales y plantas son inscriptos en la narrativa del occidente cristiano, en el horizonte de su 'mundo conocido'. ¿Qué significa 'mundo conocido' sino la nominación del cruce entre 'saber y poder'? El europeo comienza a "inventar" su propia "imagen y semejanza" en las nuevas tierras conquistadas. En un sistema-mundo asumido desde la supuesta superioridad de su raza, los conquistadores articulan un patrón de poder colonial que involucra la explotación y dominación en

¹Un desarrollo de esta perspectiva puede leerse en Moyano, Marisa: "Escritura, frontera y territorialización en la construcción de la nación" en *Ciberletras*, Revista de crítica literaria y de cultura. Lehman College. ISSN-e 1523-1720, N°. 9, 2003. www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v09/moyano.html

² Así lo entiende Boaventura de Sousa Santos citado por Atilio Borón (2013), "Cartografía, colonialismo, imperialismo" en *América Latina en la geopolítica del colonialismo*, Luxenburg, p. 275

múltiples ámbitos de la vida social de los conquistados. Al tiempo que construye el 'ego' europeo se origina el encubrimiento del Otro: los pueblos de América.³ En palabras de Axel Rojas y Eduardo Restrepo:

La idea de América supone una proyección de la imaginación colonial en la cual Europa define la historia, nombra y organiza los espacios y poblaciones. Esta idea no se refiere simplemente a una entidad identificable en el mapa, sino que expresa la perspectiva e intereses europeos: La 'idea' de América no es sólo la referencia a un lugar; funciona, sobre todo, a partir del poder y el privilegio de enunciación que permiten convertir una idea inventada en 'realidad'. Al imponerse con la emergencia de la idea de América la imaginación geográfica eurocentrada como expresión de la dominación colonial europea, otras posibles cartografías y modalidades de representación de sus geografías y gentes fueron silenciadas (2010: 151)

Las localizaciones espaciales del suelo americano son representadas en la imagen del mundo nor-atlántico, desde proyecciones propias del modelo eurocéntrico. Inevitablemente todo mapa contiene distorsiones que, según de Sousa Santos, se producen a partir de tres mecanismos: la escala, la proyección, la simbolización. Las que aparentemente son decisiones sólo técnicas del campo de la cartografía implican, en realidad, un universo de tensiones, intereses y decisiones políticas en la confección de los mapas.

En este sentido, ciencia y política se entrelazan a la hora de cartografiar el territorio. Las decisiones políticas están atadas a la conformación de los estados nacionales ya en el centro europeo, ya en los estados dependientes. El mapa resulta pues un campo de batalla.

› *Un país mediterráneo*

La producción cartográfica en nuestro país se sistematiza a partir de la formación del Estado Nacional. Los primeros organismos cartográficos, ligados al Ejército, diseñaron fortines y dibujaron fronteras bajo la conceptualización del 'desierto', noción en debate entre la mirada impuesta por Sarmiento 'desierto/barbarie' y el 'desierto-para-poblar' de Alberdi. Los vencedores de Caseros y Pavón, sectores con fuertes intereses económicos, terratenientes y ganaderos, sientan las bases del modelo agroexportador que incorpora a Argentina como productora de materias primas en el mercado mundial. Para este proyecto político es necesaria la producción de un sentido clave: el desierto, la Patria como desierto vacío. La estrategia de la 'metáfora del desierto', en su movimiento de vaciamiento, se correlacionaba:

con la idea de que todos los indios eran nómades, carecían del concepto de propiedad privada y no trabajaban la tierra, habilitando al Estado para la privación de unos derechos que, supuestamente, estos pueblos nunca habían adquirido por no adecuarse a las pautas de asentamiento y trabajo de la civilización europea. (Navarro Floria, P. 1999)

Poder y configuración territorial se entrelazan en la construcción social del mapa, generando un imaginario vigente por décadas.

³ Al respecto véase Mileidy Yopasa Ramírez (2011) *Geopolítica del conocimiento en América Latina: la construcción de espacios históricos otros*. Revista Austral de Ciencias Sociales N°21. Universidad Austral de Chile. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=45924228006>

La Confederación y el gobierno de Mitre contratan un geógrafo francés para dar a conocer un tipo de país a los potenciales inmigrantes e inversores del exterior, *un país sin indios, en el sentido que le daba Sarmiento a la idea del “desierto” fecundable, que esperaba la mano del hombre (blanco, inmigrante, trabajador agrícola, preferentemente anglosajón) para dar todo de sí.*⁴ Por otro lado, Fermín Rodríguez, aludiendo a textos sarmientinos, subraya que la “idea de una ‘raza’ proveniente de Europa, ya mejor adaptada o ‘aclimatada’ al medio americano -una ‘raza americana, armada de máquinas para suplir su falta orgánica de garras, y vibrando al rayo que ha hecho suyo’- sirve para naturalizar el sistema de producción capitalista, una suerte de forma de vida y producción superiores al orden atrasado del bárbaro, caído en el campo del animal que sólo busca evitar la muerte y el sufrimiento” (2010: 392)

Y es en el marco de la llamada “Conquista del Desierto”, desarrollada hacia fines de la década de 1870, que se imponen y delimitan fronteras sobre territorio indígena, en un plan de aniquilamiento basado en la guerra ofensiva y sistemática. Este objetivo se consolida a partir de la unificación del Estado nacional. El Ministro de Guerra y Marina del Presidente Nicolás Avellaneda, Julio Argentino Roca, creó la Oficina Topográfica Militar, dependiente del Ministerio de Defensa, el 5 de diciembre de 1879 que debía “reunir bajo una dirección los trabajos geográficos, topográficos y cartográficos que hasta [entonces] se realizaban en forma aislada” (Mazzitelli, 2008).

La cartografía sirvió como instrumento de organización política, administrativa, catastral, impositiva y electoral. Contribuyó, además, a la representación del territorio de dominación, bajo la hegemonía de la elite dominante. En el período 1862-1880 se consolida el Estado-nación. A partir del andamiaje económico ligado al capital extranjero se estructura la organización política del Estado, garantizando las inversiones extranjeras y apuntalando el poder de la elite terrateniente, con predominio del sector ganadero bonaerense. Nace el mito de la Argentina agropecuaria, integrada y poderosa, un teología vacuna que hace de la pampa, aquél mar de los ingleses, un paraíso terrateniente. Se construye un fuerte imaginario social anclado en tierra firme, donde ‘El suelo es la patria, cultivar al uno es servir a la otra’ según reza el lema de la Sociedad Rural Argentina. Se consolida la fábula del ‘granero del mundo’, un mito mentiroso que oculta las desigualdades de época y dibuja contornos mediterráneos. Al mismo tiempo, los mapas oficiales fueron un fundamento para la defensa de las pretensiones en conflictos de límites con los países vecinos. Comenzaba la construcción del territorio nacional.

Queda claro que la regulación de la producción cartográfica se realiza desde el marco normativo e institucional definido por el Estado. A través de leyes y decretos genera ciertas condiciones para la representación del territorio y la publicación de textos relacionados. La cartografía, junto a la estadística tuvo una importante función ‘nacionalizante’ en el período de consolidación y determinación de los límites externos nacionales. En este contexto se creó en 1904 el Instituto Geográfico Militar (IGM).

⁴ En 1855, el presidente Justo José de Urquiza contrató al médico, geólogo y geógrafo francés Jean Antoine Victor Martin de Moussy (1810-1869), para realizar un vasto plan de exploraciones del territorio nacional. Miembro de la Academia de Ciencias de París, de Moussy estaba obligado a adelantar las memorias del trabajo de campo, las cuales iban a formar parte de una obra de varios volúmenes por publicar en París. El encargo ordenaba construir “una especie de enciclopedia general del Río de la Plata” que sirviera a los inmigrantes que quisieran venir a aportar “sus capitales y su industria” (Rodríguez, F.2010:273)

En este sentido es importante la Ley 12.696, conocida como Ley de la Carta, por la cual en 1941 “se procede a realizar los trabajos geodésicos fundamentales y el levantamiento topográfico de todo el territorio de la Nación” según la publicación del Boletín Oficial. Y su modificación en noviembre de 1983, en la Ley 22.963, cuyo Artículo 1º señala: *La representación del Territorio Continental, Insular y Antártico de la República Argentina, editada en el país en forma literaria o gráfica con cualquier formato y finalidad, así como la proveniente del extranjero destinada a ser distribuida en el país, deberá ajustarse estrictamente a la cartografía oficial establecida por el Poder Ejecutivo Nacional a través del Instituto Geográfico Militar.*

> *La mirada marítima*

La cartografía nacional es potestad del Estado y produce sentido, identidad e imaginario en función de un Proyecto Político. Un proyecto de Nación genera una representación espacial que lo sustenta. El modelo agroexportador fue el paradigma ordenador del Estado en el siglo pasado. En el marco de un nuevo Proyecto Político Nacional, se derivan otras producciones de sentido que suponen el empoderamiento de otros grupos sociales y un nuevo lugar en el mundo. En este contexto se transformó el organismo de carácter militar con potestad para la confección de mapas (Instituto Geográfico Militar) en una institución de carácter civil: el hoy Instituto Geográfico Nacional. Desde esta configuración se delinea una proyección cartográfica que dé cuenta de las nuevas perspectivas y otro modo de pensar la Nación.

Así es como, a través de la Ley 26.651 (votada en el año 2010 por unanimidad por todo el arco político en el Congreso de la Nación) se oficializa el Mapa Bicontinental de la República Argentina. Allí se representa el territorio nacional en su justa medida en ambos continentes, americano y antártico. Mostrando, en un solo mapa y a una misma escala, que el territorio nacional alcanza dos continentes.

Docentes e investigadores destacan al mapa bicontinental como una herramienta fundamental en la toma de conciencia de la dimensión de nuestros espacios marítimos, insulares y antárticos y sus riquezas.

A diferencia del mapa anterior, donde la Antártida Argentina se encontraba representada en el margen derecho del mapa en una escala diferente al sector continental, en el mapa bicontinental, todo el territorio nacional se encuentra representado en la misma escala cartográfica. De esta manera se favorece la visualización de todo el país y de la provincia de Tierra del Fuego, Antártida e islas del Atlántico Sur de manera integral. Constituye así, un instrumento relevante en la toma de conciencia del conjunto de la población acerca de las dimensiones marítimas, archipiélagos australes y sector antártico.

Cabe señalar aquí, un antecedente histórico en relación con la importancia estratégica de la geopolítica marítima en nuestro país: el escrito del Almirante S. Storni: *Intereses argentinos en el mar* (1916). Se refiere allí a la necesidad de constituir cuatro flotas, y no a una flota específicamente naval. Storni pone énfasis en la necesidad de contar con una capacidad marítima basada en la existencia de tres flotas: mercante, pesquera y naval. A partir de estas tres flotas se puede concebir un poder naval, que para el Almirante Storni implica producciones, transporte y mercados. Esta es la base de una política marítima.

Subraya la necesidad de desarrollar un plan de educación marítima en función de lograr una mirada marítima nacional en la que se involucre el pueblo todo. Y este, dice, es el punto esencial para el éxito o fracaso de una Geopolítica Marítima, y general de una estrategia de Estado. Storni señala tres factores para el éxito de una política marítima: ilustración pública, la acción privada y el deporte náutico.

La cartografía se revela como instrumento fundamental en la construcción de un nuevo imaginario territorial-marítimo, desocultando el litoral marítimo, la zonas insulares y el continente Antártida, obstruido en el marco de un modelo político ligado a intereses agroexportadores.

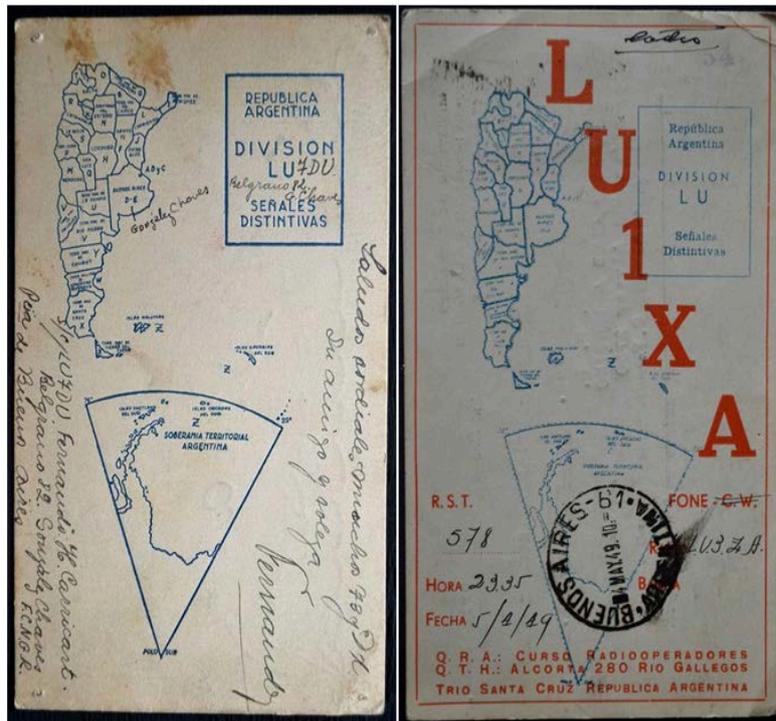
Recientemente, en entrevista a un diputado nacional, se señaló:

Argentina se mira el ombligo de la pampa húmeda, es la imagen de la Argentina que genera la oligarquía agrícola ganadera que no mira el litoral atlántico. Nosotros tenemos el cuarto litoral marítimo del mundo. Han querido hacer la Argentina de los puertos de salida de cereales; de hecho, las grandes transnacionales tienen hoy, entre Rosario y Santa Fe, las principales terminales cerealeras de América del Sur. Desde ese punto de vista nos hemos olvidado de nuestro mar y la industria naval corre esa suerte.

(<http://www.agenciapacourondo.com.ar/secciones/economia/14235.html>)

Esta nueva producción de sentido a partir de las nuevas proyecciones cartográficas, sólo es posible en el contexto de un cambio de paradigma político. Sólo es posible en un Proyecto Nacional ligado a la industrialización.

El Sr. Carlos Jostal dijo que en febrero de 1949, personal del Servicio Meteorológico Nacional, dependiente de la Secretaría de Aeronáutica viajó hacia la Antártida Argentina a la Base Orcadas en la isla Laurie para realizar funciones específicas en dicha base -que en la época era la única argentina y que funcionaba desde 1904-. Las tarjetas muestran antecedentes del Mapa Bicontinental Argentino.



27 marzo 1949

5 abril 1949

Bibliografía

- » Anderson, B. (1997). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica.
- » Borón, A. (2013). *América Latina en la geopolítica del colonialismo*. Buenos Aires, Luxenburg.
- » Castoriadis, C. (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires, Tusquets.
- » — (2008). *El mundo fragmentado*. La Plata, Terramar.
- » Cortese, V. G., Membribe, A. C. (2008). “Contribuciones teórico-metodológicas para el análisis de la producción cartográfica”. *Boletín geográfico. Año XXX N°31. pp. 353-365. Departamento Geografía. Edición especial: VII Jornadas Patagónicas de Geografía. Universidad Nacional del Comahue. Neuquén.*
- » De Sousa Santos, B. (1991). “Una cartografía simbólica de las representaciones sociales. Prolegómenos a una concepción posmoderna del derecho”. *Revista Nueva Sociedad N° 116, ISSN: 0251-3552. www.nuso.org.*
- » Fernández, E. (2011). *La Cuestión del Atlántico Sur y la Antártida*. Observatorio Malvinas. UNLanús. Disponible en: http://www.gaea.org.ar/AtlanticoSur_Antartida.pdf
- » Harley, J. B. (2005). *La nueva naturaleza de los mapas*. Paul Laxton (comp.). México, Fondo de Cultura Económica.
- » Mazzitelli Mastrichio, M. (2008). *Imaginar, medir, representar y reproducir el territorio. Una historia de las prácticas y las políticas cartográficas del Estado argentino 1904-1941*. Tesis de Licenciatura. Facultad de FFyL. UBA. Departamento de Geografía.
- » Moyano, M. (2003). “Escritura, frontera y territorialización en la construcción de la nación”, en *Ciberletras. Revista de crítica literaria y de cultura*, 9. Disponible en: www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v09/moyano.html
- » Navarro Floria, P. (1999). “Un país sin indios. La imagen de la pampa y la Patagonia en la geografía del naciente estado argentino”. En: *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales. Universidad de Barcelona*, 51, Disponible en: <http://www.ub.es/geocrit/sn-51.htm>
- » Ramírez, M. Y. (2011). “Geopolítica del conocimiento en América Latina: la construcción de espacios históricos otros”. *Revista Austral de Ciencias Sociales N°21. Universidad Austral de Chile*. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=45924228006>
- » Restrepo, E., Rojas, A. (2010). *Inflexión decolonial: fuentes, conceptos y cuestionamientos*. Popayán, Universidad del Cauca.
- » Rodríguez, F. A. (2010). *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Buenos Aires, Eterna Cadencia.